

¡Qué pronto se deshojaron
tus esperanzas de ayer!...
Las golondrinas volaron
para nunca más volver.

Mientras tu labio ofrecía
á mi labio un beso en flor,
aullar un perro se oía...
¿Se irá á morir nuestro amor?

Por los que murieron llora
una campana al doblar...
De rezar esta es la hora...
¡Corazón, ponte á rezar!...

RIMAS DE AMOR

I

Turbia de sombra el agua del remanso
reflejó nuestras trémulas imágenes
extáticas de amor, bajo el crepúsculo,
en la enferma esmeralda del paisaje...

Era el frágil olvido de las flores
en el azul silencio de la tarde,
un desfile de inquietas golondrinas
sobre pálidos cielos otoñales...

En un beso muy largo y muy profundo
nos bebimos las lágrimas del aire,
y fueron nuestras vidas como un sueño
y los minutos como eternidades...

Y al despertar del éxtasis había
una paz funeraria en el paisaje,
estertores de fiebre en nuestras manos
y en nuestras bocas un sabor de sangre...
Y en el remanso turbio de tristeza
flotaba la dulzura de la tarde,
enredada y sangrante entre los juncos,
con la inconsciencia inmóvil de un cadáver.

II

Brindándome el tesoro de tu risa
arde tu boca roja entre las flores,
y es más intenso que el de los jazmines
el fresco aroma de tu carne joven.

Florece en la frialdad de tus mejillas
toda una primavera de rubores..

La insinuación madura de tu seno
las blancas gasas del corpiño rompe,

y brindan en el pico sus palomas
los rojos frutos del eterno goce...

Bajas los ojos al mirar los nidos,
tiemblan tus manos al tocar las flores...

III

Eres como un remanso en cuyos claros
cristales transparentes se refleja,
bajo la paz celeste de los cielos,
la verde ensoñación de la floresta.

Como un niño me postro ante tus plantas,
reclino en tu regazo la cabeza,
y mientras siento palpar tu pecho
y con mis rizos tus caricias juegan,
cierro los ojos y lo olvido todo...

¡Oh, amor de mis ensueños, quién pudiera
ser como una naranja entre los dientes
de tu boca sedienta!

Abandonar la vida entre tus manos
como un pequeño ramo de azucenas,
para que al deshojarse perfumara
la noche de tu oscura cabellera!

IV

Insaciables los labios absorbían
el alma en el perfume de tu aliento...

Un suspiro apagado
en la sonora eternidad de un beso,
un olvido absoluto de la tierra
y un fugitivo éxtasis del cielo!...

No supe cómo fué... Sólo que había
bajo nosotros un olor á heno;

un ruiseñor cantaba, las estrellas
temblaban en la plata de los cielos,
y la luna fugaz resplandecía
en el abismo de tus ojos negros!

ANUNCIACIÓN

Nuestro hogar es un sueño. La lámpara ilumina
tenuemente la alcoba. La larga noche empieza.
Yo leo á D'Annunzio, y ella, arrodillada, reza
delante de una arcaica Madona bizantina.

Una azucena mustia en un gomil de China
inclina, deshojándose, su mística belleza,
y en el tic-tac del péndulo palpita con tristeza
el corazón del tiempo que sin cesar camina.

Me interroga, de pronto, con voz baja y doliente...
 La levanto temblando y la beso en la frente...
 Me estrecha entre sus brazos en locas convulsiones,

y un nombre dulce y santo — toda rubor — exhala...
 Fué entonces cuando, tímido bajo el candor del ala,
 habló á su oído el Arcángel de las Anunciaciones!

EL POEMA DE LA CARNE

Tú serás la Sulammita
 y yo seré Salomón...
 Mi sed de amor infinita
 saciaré en tu corazón.

De la aurora á los fulgores
 á buscarte al huerto iré,
 persiguiendo entre las flores
 las señales de tu pie,

Un olor á Primavera
entibia el aire. Te espera
temblando mi corazón...

Es la hora de la cita...
¿Por qué niegas, Sulammita,
tus besos á Salomón?

II

Cuando me dices: —¡Soy tuya!—
Tu voz es miel y es aroma;
es igual que una paloma
torcaz que á su macho arrulla.

Sobre mi mano dormida
de tu nuca siento el peso,
mientras te sorbo, en un beso,
todo el fuego de la vida.

Cuando ciega y suspirante
tu cuerpo recorre una
convulsión agonizante,

adquiere tu faz inerte
bajo el blancor de la luna
la palidez de la Muerte!

III

Nuestra cámara envenena
un perfume sensual
de nardo y carne morena...
La lámpara de cristal

el último soplo espera;
y junto al blanco ajimez,
sobre una piel de pantera,
florece tu desnudez.

Sediento de besos veo
temblar tus carnes morenas;
y la fiebre del Deseo

esculpe como á cincel
el relieve de tus venas
sobre el bronce de tu piel!

IV

Ya, sin poder hablar apenas,
con turbios ojos seguí el
curso azuloso de tus venas
bajo las sedas de la piel.

Tu desnudez palidecía
bajo el ardor de mi mirar;
tu labio inmóvil no podía
ni sonreír ni suspirar.

Por los calados ajimeces
doró la luna los despojos
de tus mortales palideces...

Y á su reflejo sideral,
vi florecer claveles rojos
sobre mi tálamo nupcial!

V

Las claras lunas de Oriente
vieron á mi dromedario
el paisaje solitario
atravesar lentamente.

Y aprendieron los leones
de los rojos arenales
tu nombre, en las sensuales
nostalgias de mis canciones.

¡Hoja de menta en la boca
en horas de sed!... Evoca
la frescura de una fuente

en la arena... El corazón
lo repite lentamente
como una santa oración!

VI

En las salas del Tetrarca
el ritmo lento y sonoro
de las ajorcas de oro
tu paso musical marca.

Tu gesto es una conquista,
y si danzas, Salomé,
la cabeza del Bautista
sangrará bajo tu pie!

Tu amor la Luna pregoná,
pues te vió, virgen leona,
rugir ciega de pasión,

refregándote en el hierro
de las rejas del encierro
de Juan, el casto león!

SONETOS